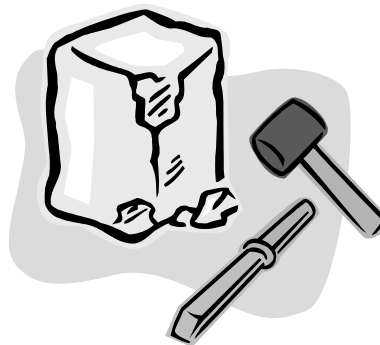


EL ESCULTOR Y EL APRENDIZ

En el terreno de la oración Dios actúa un poco al modo de un escultor. Al crearnos, quiere hacer de nosotros hombres de oración incesante, pues sabe que sin Él, «la vida es una imagen de la muerte» (Rimbaud). Entonces nos invita, como aprendices, a llevarle barro, mucho barro para que él pueda amasar, trabajarlo y esculpir nuestro verdadero rostro de oración. En la vida espiritual, el barro corresponde a la cantidad, al «volumen» de oración; hay que dar a Dios mucho tiempo y muchas invocaciones para que pueda revestir de oro puro la materia informe de nuestra pobre oración y hacer de ella la «oración pura» de su Espíritu Santo.



Cuando no se puede hacer de la oración un asunto de calidad, dice Anthony Bloom, hay que hacer de ella un asunto de cantidad. Dios se encargará de darle la forma; nosotros, encarguémosnos de la materia. No tratemos demasiado de saber si oramos bien o mal, porque nos pareceríamos a ese aprendiz que quiere ocupar el puesto de su maestro; tratemos más bien de no cansarnos nunca, de no desanimarnos. Es como si el maestro nos dijera: «No te metas en lo que voy a hacer. Podrías estropear el trabajo y echar a perder mi obra maestra. Déjate llevar y conténtate con traerme barro». Ora mucho, y un día te verás sorprendido al recibir la oración del corazón.

En este sentido, el Rosario por su «volumen» y el tiempo que requiere para rezarlo correctamente, se parece a esa masa de barro informe que se ofrece al Padre para que la trabaje con sus dos manos: el Verbo y el Espíritu Santo (San Ireneo).

Poco importa que lo digamos bien o mal, que tengamos más o menos distracciones y que no sepamos ya donde estamos; desde el momento en que lo rezamos con María y en ella, estamos en el camino de la oración incesante.».

PREDICADOR MARIANO AFRICANO

S. Zenón de Verona nació en África, en Mauritania, y allí terminó los estudios de retórica. San Ambrosio le recuerda como obispo de Verona, y la tradición de dicha Iglesia le señala el octavo puesto en la serie de sus obispos. Se admite generalmente que vivió en la segunda mitad del siglo IV, y que murió hacia el año 380. Se le atribuyen 93 Homilias, escritas después del 360, de muy vario contenido, en las que presenta elementos mariológicos sobre la maternidad divina, la virginidad perpetua, la nueva Eva y la santidad de María.

OBISPO DE LA VIRGEN DE GUADALUPE

Fray Juan de Zumárraga, franciscano español, nació en Tabira de Durango, Vizcaya, en 1468, y falleció en la ciudad de México, en 1548. Fue el primer obispo de México-Tenochtilán, adonde llegó, ya electo, desde España, el 6 de diciembre de 1528. Fue consagrado en 1533 y regresó a la Nueva España en 1534, con la Primera Audiencia Real, bajo cuyo período se apareció la Virgen de Guadalupe al indio San Juan Diego, al que correspondió el inicio de su veneración, que él mismo le había formulado.

A él se debe la construcción de la primera ermita de la Virgen de Guadalupe, atendiendo la petición que le había formulado la Señora del Tepeyac a través del vidente San Juan Diego. Falleció el 3 de junio de 1548, a los 80 años de edad, aproximadamente, el mismo año que el santo indio al que se apareció la Virgen del Tepeyac. Nuestra Señora de Guadalupe los quería juntos en el cielo como lo estuvieron en la tierra. Bien la sirvieron

**Virgen, palacio de Dios,
santamente edificado,
inmaculado y purísimo,
adornado todo él
por la magnificencia
del mismo Dios.**

**¡Oh Virgen purísima
y dignísima
de toda alabanza
y obsequio,
tesoro dedicado a Dios,
que aventaja
en excelencia
a toda condición
de las criaturas,
tierra no dividida,
campo no arado.**



ACOGER LA VIDA COMO DIOS LA MANDA

José Kalinowski nació el 1 de septiembre de 1835 en Vilna. Recibió una óptima educación familiar y pro-fesional. Fue ingeniero militar. Tras el inicio de la insurrección de enero de 1863, se unió a los combatientes, de los que será comandante. Hecho prisionero por los rusos, fue deportado a Siberia, condenado a trabajos forzados durante diez años. Tras obtener la libertad en 1877 ingresó en el Orden de los Carmelitas Descalzos, recibiendo el nombre de Rafael de san José. Es ordenado sacerdote en 1882 en Czerna, cerca de Cracovia, distinguiéndose por su celo tanto religioso como sacerdotal. Se entregó sin descanso a la atención del sacramento de la reconciliación y de la dirección espiritual. Renovó el Orden del Carmen Descalzo en Polonia. Murió en Wadowice el 15 de noviembre de 1907.

Resaltemos algunos rasgos característicos de su espiritualidad.

San Rafael se encontró con personas de diversas culturas y de diferentes sistemas políticos. Polonia, Rusia y Francia fueron etapas fundamentales en su itinerario. En cada lugar donde residió, vivió sin complejos y según las posibilidades al servicio de quienes le estaban cercanos. Poseía un carácter abierto pleno de cordialidad. No hacía distinción entre personas de diversa religión, lengua, costumbres, estado social o educación cultural. Acogió la vida como le venía ofrecida. Esta apertura le permitió reconciliar muchos corazones, sin abandonar su identidad.

Durante su estancia en Siberia S. Rafael tuvo ante sí una grandísima pobreza material, intelectual y espiritual en las gentes del lugar y también en sus compañeros de desventura, dándose cuenta de lo humillado que estaba el ser humano. En la tarea educativa, san Rafael buscaba ante todo una formación integral del ser humano; le movía un interés espiritual e intelectual. Esta amplia atención a la formación integral de los jóvenes es otra de las perlas preciosas del patrimonio espiritual de san Rafael.

San Rafael nos enseña a tener el coraje de perseverar en la fe y de confiar en medio de difíciles circunstancias. El hombre que ha experimentado en su plenitud el Evangelio es evangélico. Se transforma en pro-fundo, dada la inalcanzable profundidad de la Sabiduría divina. Por este motivo, san Rafael viene invocado como patrón de siberianos, educadores, ferroviarios, ingenieros y jóvenes.

CAMBIEMOS LA MENTE Y CAMBIAREMOS EL MUNDO

Los veinte Misterios del Rosario nos enseñan que la santidad es para todos y está al alcance de todos. Los veinte Misterios nos enseñan que la gente ordinaria puede alcanzar una gran santidad haciendo cosas ordinarias, diariamente, por amor a Dios, tal y como María y José las hicieron.

A los ojos del mundo, José y María eran sólo gente ordinaria. ¡Gente tan ordinaria como todos! Dios no nos pide ser sino gente ordinaria, pero quiere que seamos de la gente buena cuyo único centro es Cristo. El Rosario nos da que pensar sobre tales verdades, y el pensamiento lleva a la acción. Nuestra Señora sabe que no podemos estar pensando día tras día en los Misterios de la vida de Nuestro Señor sin ser transformados, pues los pensamientos que nos envuelven son los pensamientos que nos moldean. Nuestra Señora sabe esto. De ahí sus ardientes peticiones para que recemos el Rosario.

Nuestra Señora no pide una revolución (que sólo es cambio de estructuras), pues el cambiar estructuras no cambia nada. Lo que Nuestra Señora busca -y también la Iglesia y el Evangelio- es renovación, que es un cambio del corazón. Por eso pide el Rosario, porque el Rosario renueva los corazones, cambia a la gente, y cuando la mente cambie, la sociedad cambiará.

Cristo es el Maestro por excelencia, el revelador y la revelación, a Él debemos asimilar nuestra mente. No se trata sólo de comprender las cosas que Él ha enseñado, sino de comprenderle a Él. Pero en esto, ¡qué maestra más experta que María! Entre las criaturas nadie mejor que Ella conoce a Cristo, nadie como su Madre puede introducirnos en un conocimiento profundo de su misterio...

Recorrer con María las escenas del Rosario es como ir a la 'escuela' de María para leer a Cristo, para penetrar sus secretos, para entender su mensaje. Una escuela, la de María, mucho más eficaz, si se piensa que Ella la ejerce consiguiéndonos abundantes dones del Espíritu Santo y proponiéndonos, al mismo tiempo, el ejemplo de aquella «peregrinación de la fe», en la cual es maestra incomparable. Ante cada misterio del Hijo, Ella nos invita, como en su Anunciación, a presentar con humildad los interrogantes que conducen a la luz, para concluir siempre con la obediencia de la fe: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra».